

Mayo 19/29.

NO podemos sustraernos a los recuerdos y emociones que en nosotros despiertan y mueven e incitan nuestra pluma a escribir sobre Cuba, las dos gloriosas efemérides que en esta semana celebra nuestra patria: el día, aciago o feliz—¿quién sabe?—en que el máximo Apóstol de nuestras libertades, ofrendó conscientemente su vida en los campos de Dos Ríos, ennobleciendo y santificando con el último sacrificio, sus prédicas y sus campañas; y ese otro día, siete años después, unido por contraste de la historia con aquel, ese otro día de triunfos y regocijos, de ilusiones y de incertidumbres, en que, al menos en la apariencia teatral, parecían verse consagradas y realizadas las doctrinas y la labor del Maestro.

En circunstancias tales nos ha parecido que la mejor manera de conmemorar esas dos gloriosas efemérides patrias, era recogiendo el pensamiento y sentimiento de Martí sobre temas y problemas, nacionales e internacionales, de la América nuestra, de la que él llamó Madre América, porque en sus observaciones, advertencias y consejos hay lecciones y enseñanzas que tienen siempre valor excepcional y deben ser recordadas y meditadas como las más sanas y sabias orientaciones que puedan inspirar la vida y conducta de los pueblos de nuestra América en su desenvolvimiento interno y en sus relaciones entre sí, y con la América anglosajona.

Peregrino por muchos de los países de nuestro Continente en misión sagrada de propaganda en pro de justicia y libertad para su patria, residente por largos períodos de tiempo en varios de ellos, tuvo ocasión de ver y sentir los dolores, las luchas, los anhelos, las inquietudes, el alma en una palabra de los pueblos de Hispanoamérica, y de constatar al mismo tiempo que la razón, de sus males, dificultades, fracasos y caídas, había que buscarla, ayer como hoy, no en las masas populares, ni en los aborígenes supervivientes, sino en sus hom-

bres dirigentes, en los egoísmos y maldades de estos, en la falta de educación popular, en la continuación republicana de los desastrosos métodos de gobierno coloniales, en la acechanza constante de vecinos poderosos—fuertes y ricos,—en la inadaptabilidad de exóticos sistemas para querer regir y encauzar con ellos la vida, en todos sus órdenes, de estos países, no echando a un lado lo primero y más necesario de tener en cuenta: conocerlos; conocer su carácter, su alma, su idiosincracia. *Mayo 19/79*

Hay que americanizar a la América nuestra es el grito que lanzó Martí. Nacionalizar cada uno de sus países.

Cubanizar a Cuba, venimos perdiendo desde hace mucho tiempo los que por la suerte de nuestra patria nos interesamos. Y al igual que nosotros los demás pueblos de nuestra América, necesitan también nacionalizarse, como requisito indispensable para vivir vida de libertad y justicia, prosperar y engrandecerse. Solo cuando cada uno de los pueblos de la América nuestra hayan logrado alcanzar personalidad definida y robusta, podrá entonces intentarse, con seguridades de éxito feliz, el acercamiento y la unión fraternal—ideológica y material—entre todos ellos. Y solo entonces podrá oponerse valladar infranqueable al imperialismo yanqui que hoy encuentra terreno propicio para su obra de expansión y dominación, en la debilidad y división interna de casi todos los pueblos del Continente, en su a veces nula o muy pequeña personalidad política, en su falta de fe en sí mismos y de confianza en el gobierno y esfuerzos propios, en el sometimiento de las masas y anulación de la voluntad popular, por caciques, politicastros y gobernantes.

Conocer los distintos elementos que componen cada pueblo, las fuentes de riqueza y producción naturales de cada país, el carácter y las necesidades materiales y espirituales de sus hijos, piensa Martí, y piensa bien, que es lo primero que se necesita para gobernar nuestras repúblicas, y después, no querer go-



bernarlas con leyes, constituciones y sistemas de otros países totalmente distintos:

“Cree el soberbio que la tierra fué hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irremediable a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta. con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante de América no es el que sabe como se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todo el pueblo que fundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.”

Anticipándose al problema social que agita hoy el mundo y en cuya atención primero y solución después están la solución de todo los demás problemas de todas las naciones, Martí, juzga que para consolidar la patria americana, de la América de Bolívar y suya, hay que contar con el campesino y el



278

obrero, con el indio y el negro, en una palabra con aquellos que en sus versos sencillos decía:

“Con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar”.

Y piensa no solo que es necesario contar con los pobres y los oprimidos, sino hacer causa común con ellos:

“Con los oprimidos habrá que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros—de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inícuo e impolítico de la raza aborigen,—por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos”.

Amar, comprender, criticar, crear, con ello piensa Martí, como lo pensaba Rivadavia que “estos países se salvaran”.

Previsor en todo, no se le escapa la posibilidad de que se trate de recomendar, defender y hasta llevar a la práctica como útil y hasta salvadora para la América hispana, una unión con la América sajona. El estudió este problema y nos da consejos que buena falta nos hace tenerlos en cuenta en nuestros días.



Oigámosle:

"Ningún pueblo hace nada contra su interés; de lo que se deduce que lo que un pueblo hace es lo que está en su interés. Si dos na-

ciones no tienen intereses comunes, no pueden juntarse. Si se juntan, chocan. Los pueblos menores, que están aún en los vuelcos de la gestación, no pueden unirse sin peligro con los que buscan un reme-

dio al exceso de productos de una población compacta y agresiva, y de un desagüe a sus turbas inquietas, en la unión con los pueblos menores. Los actos políticos de las repúblicas reales son el resultado



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA